



## LOS CALAMARES

En enero de 1835, cuando más enconada estaba la lucha — que persiste — entre constitucionales y realistas, y ello en frente del enemigo común, que eran los carlistas de Carlos María Isidro, estalló en Madrid aquel motín — que no fué otra cosa — de que fué cabecilla don Cayetano Cardero, ayudante del regimiento de Aragón, y en el que fué muerto en el edificio de la Casa de Correos de Madrid el capitán general de la Villa y Corte, don José Canterac. Uno de los sangrientos incidentes de las luchas, tantas veces salvajes, que hacen de la historia interior política de la España del siglo XIX una de las más dramáticas del mundo. Sin que toda aquella sangre haya servido para gran cosa, pues que está nuestra refriega política en los mismos términos casi en que estaba hace un siglo, en el período fernandino. Del primer fernandinismo.

Canterac murió víctima de su impetuosa indiscreción, de haber querido poner el principio de autoridad por encima de lo que la prudencia aconsejaba. Cardero culpó de la muerte a la imprudencia del capitán general de Madrid, y al rendirse o parlamentar redactó una exposición al Estamento de procuradores — hoy decimos Congreso de los Diputados — exponiendo las causas del levantamiento y su desarrollo. Llegó el escrito al Congreso, lo leyó Argüelles y comprendió que podría originar un debate peligroso y prolongar la lucha, la lucha armada en la Puerta del Sol, y al pasar a la mesa para leerla a sus compañeros, escribió al margen: «Recíbida», tomó el tintero, haciendo como que lo trocaba, de descuido, por la salvadera, y echó un borrón sobre el papel. El motín se arregló.

El tinterazo de Argüelles fué una argucia para salir de un paso difícil; pero puede servir de ejemplo de nuestro sistema de borrón y cuenta nueva. ¡Qué lástima que no se use ya la salvadera! Si se usara y no hubiese más que un ejemplar escrito del expediente Picasso — y de otros por el estilo — ya saldrían Argüelles. Uno de ellos Cierva.

Cierto que el señor de la Cierva no podrá echar tinterazos a todos los papeles que comprometan su gestión como ministro de la Guerra; pero sí que imitará al calamar.

El calamar se defiende con su tinta. Cuando le persigue algún enemigo y amenaza devorarlo o acaso cuando quiere envolver a una presa, arroja su tinta, enturbia y oscurece el ámbito acuoso en que se mueve y se salva merced a este artificio. Y un efecto análogo al de ensuciar el ámbito con la tinta de escritos de alegato forense es el leer fatigosos documentos pretendiendo enturbiar y oscurecer con minucias la escueta y severa fábrica de la verdad. Y este método calamareesco suele ser el método cervuno o del señor de la Cierva.

Hace pocos días, porque un diario de Madrid, «El Sol», daba la escueta noticia de que del expediente Picasso resultaban cargos contra el ministro de la Guerra Sr. de la Cierva, que en opinión de muchos técnicos fué el principal organizador del sistema castrense que llegó al descalabro de Annual, se dirigió ese señor al diario pidiéndole que no volviesen a mentar en esa implicación su nombre y hablaba de «difamación». Por lo visto hasta dar la noticia de que se acuse al señor de la Cierva — que siempre podrá defenderse disparando desde su escaño del Congreso toneladas de tinta hablada — hasta eso es difamarle. Y ahora se comprende por qué dirigiese al señor Picasso aquella orden para que se detuviese en sus investigaciones y no implicara en responsabilidades a ciertas autoridades militares.

Si se llegan a abrir estas Cortes, y si se llega a discutir en ellas libremente el expediente Picasso, si los fariseos no salen con que es antipatriótico esclarecerlo y hacerlo público, vamos a ver a nuestro gran calamar vomitar tinta oratoria desde su escaño. Ya está amenazando con ello. Y estorbar, de todos modos, el que de una vez se sepa todo lo que precedió al descalabro de Annual, a la santiagada, y lo preparó. Al notario del famoso discurso regio de Córdoba no le conviene que esas cosas se pongan en claro. La claridad es para él cosa antipatriótica. Y volverá a presentárenos como el especialista en patriotismo. En patriotismo de clandestinidad, en patriotismo defensivo calamareesco, en patriotismo de borrón y cuenta nueva. Que es la misma cuenta vieja.

Porque ese hombre, puntal mayor que ha sido del despotismo, se ve obligado a defender lo indefendible. Y con él todos nuestros calamares políticos van a andar de cabeza. Y dentro de poco nadaremos en un mar de tinta. ¡La de tinta, material y espiritual, que va a correr en España!

Miguel de UNAMUNO.

